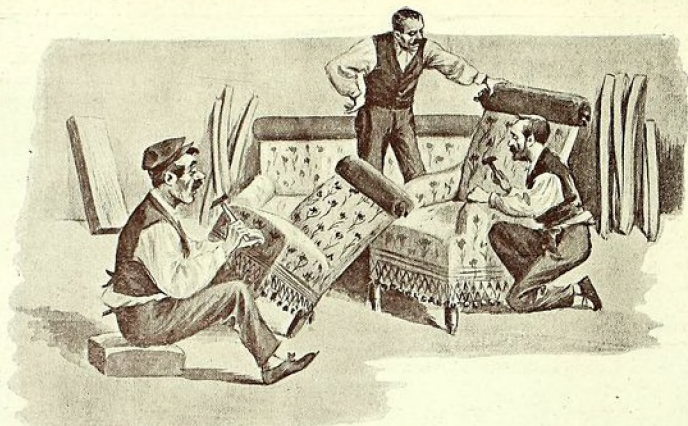




NÚM. 161

BARCELONA, 7 JUNIO 1902  
Ayuntamiento de Madrid

25 CÉNTS.



## DE LAS MEMORIAS DE JUAN GANDUL

Desde que nací fui un gandul redomado. Mis padres; ¡pobre señor y pobre señora! quisieron aficionarme al trabajo, pero no lo consiguieron.

Hay gentes en el mundo que se han dedicado a coleccionar sellos de correos, botones, tarjetas postales, etc. Yo puse empeño en coleccionar años en los que nada hubiera trabajado y me he salido con la mía.

Y sin embargo, el pasar la vida ganduleando cuesta mucho trabajo. En el mundo nada hay perfecto, ni la vagancia, la santa vagancia, patrimonio de los seres superiores tan solo.

En mis primeros años, como era yo naturalmente dispuesto y hábil, aprendí el oficio de tapicero y como en él era sumamente diestro ganaba mi buen jornal, pero como de él me sobraba la mitad porque mis necesidades son escasas decidí no ejercerlo más que á turno impar.

Yo no tengo vicios ni familia de modo que así lo pasaba bien; pero esto no era el porvenir que yo apetecía.

Discurriendo, discurriendo dí con el modo de abandonar por completo el oficio. Soy un inteligentísimo jugador de billar y al billar me dediqué. El jornal que no iba á buscar al taller lo lograba en la mesa de carambolas.

Pero, todo tiene sus contras; la suerte unas veces me era propicia y otras adversa; en este último caso la velada forzosamente tenía que prolongarse y había noches que me acostaba entre gallos y media noche. ¡Aquello era ya un verdadero trabajo!

Razón tenían mis antiguos compañeros de oficio para burlarse de mí cantándome la siguiente copla que encerraba una irónica verdad:

«Constantino Pi  
por no trabajar  
se pasa la noche  
jugando al billar.»

¡Diablo y cuanto trabajo cuesta pasar la vida sin trabajar!



Por aquella época, cansado del trabajo que me producía el trabajo para librarme del trabajo, decidí volver á mi antiguo oficio. Creo que fué la temporada más descansada de mi vida. Mas como la cabra tira al monte volví á discurrir el modo de conseguir mi sueño dorado. Por un momento pensé que había realizado mi aspiración. Me hice oficinista. En cuanto tomé posesión de mi cargo noté que tenía grandes ejemplos que seguir y sabios maestros en todos mis compañeros. Pero no me satisfizo el afán que todos tenían por buscar entretenimientos—trabajos digo yo—para matar el tiempo.

Unos se dedicaban á hacer pitillos, otros pejaritas de papel. Yo encontraba aquello denigrante.

Todo cambia y todo muda... y mudaron al jefe de nuestra oficina. Aquel señor que fué á sustituirle tenía una pretensión inaudita y era la de que se despachara al día.

Yo no hice tal cosa; ¡mas vuelta al trabajo! Todos los días tenía que discurrir é inventar excusas para librarme de cumplir con mis obligaciones. Esto llegó á constituir para mí un verdadero martirio y decidí pedir mi cesantía.

Hice un esfuerzo de actividad y extendí el oficio.

Otra vez era dueño de mi libertad.

¿Que iba á hacer de ella? Pues destinarla toda entera á no hacer nada.

Me hice inválido y pedí limosna.

Tuve una temporada que el oficio me daba para vivir: mis tretas para ablandar los corazones tenía cierta originalidad; pero al cabo todo Madrid se las supo de memoria y no me daba nadie ni un céntimo.

Esto me indignó. ¿Qué se habrán creído esos idiotas? —me decía yo.—¿Se habrán figurado que por una perra chica voy á inventar cada día una historia? ¿No es suficiente con repetirla?

Busqué un asilo y en él me refugié, pero allí obligaban á trabajar á todos los que no estaban impedidos, y yo para eludir toda clase de faenas fingí un reuma articular... pero esto causaba mucho trabajo y mucha fatiga y huí del asilo.

..

Hoy soy feliz, felicísimo.

Me he colocado al servicio de un señor que conoce todo Madrid por su actividad prodigiosa. Es un señor que todo lo hace y todo lo entiende. No hay procesión sin tarasca. Es ministro unas veces, otras alcalde, otras concejal; es además y á toda hora escritor, periodista, literato, cómico y danzante, orador y ciclista, cochero y pintamonas, abogado y bailarín, clerical y monaguillo... todo lo que se puede ser en este mundo, hasta hombre de buen juicio en algunas ocasiones.

A sus órdenes soy feliz. Todo se lo hace, nada deja para mí.

Solo me molesta el que, á veces, quiera tomarse por mí ciertos trabajos, como escribir á mis amigos para que yo quede bien con ellos ú otras cosas por el orden.



TOMÁS CARRIFERO

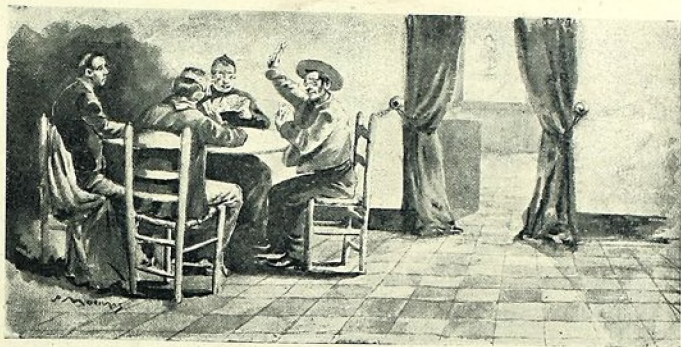
(Ilustraciones de T. Gascón)



EN EL ESCENARIO

Ayuntamiento de Madrid





## EL ESTRENO

D. Cosme Regulez y Fuensalida de la Peña, que todos estos y otros no menos nobles apellidos ostentaba dicho señor por propio y reconocido derecho, era á la sazón de esta historia, modesto boticario de un pueblecito muy próximo á una de las más hermosas ciudades andaluzas, á la gentil Granada, paraiso encantado donde la belleza y poesía tienen su natural asiento, al lado de los tristes despojos del esplendor pasado y del no menos triste fantasma de los infortunios presentes.

Durante los verdes años de su lozana juventud, nuestro D. Cosme había vivido allí en... perdona lector que suprima el nombre, ejerciendo su noble profesión, ni envidiado ni envidioso, maldiciendo, eso sí, un poco, el natural robusto y saludable de sus convecinos por lo que á él interesaba especialmente lo contrario, pero satisfecho en extremo de la honradez y franca cortesanía con que siempre se distinguieron, ya que nunca se vió mejor tratado, mimado y respetado que entre aquellos rústicos, que lo consideraban como un ser superior en todos los órdenes de la vida. Ni podía por lo demás ser su existencia más regalada y apacible; algo de lecturas de obras dramáticas á las que era gran aficionado y su migaja de trabajos químicos, le llevaban la mayor parte del día, y allá por la noche, después de un rato de agradable y amena conversación, las animadas partidas de tresillo en la rebotica con las autoridades de la villa, que si bien en los necesarios casos sabían ocupar con altivez sus honrosos puestos, se despojaban allí de toda embarazosa compostura. De tal forma y manera hubiera pasado Regulez el resto de su vida, con gran satisfacción de todos y propio provecho, si el diablo, gran conecedor de las debilidades humanas, no hubiese despertado su soberbia y halagado su vanidad, infundiéndole ideas nuevas y nuevas aspiraciones que en desgraciada hora tomaron cuerpo en su espíritu y que le arrastraron más tarde á cometer tantas y tan señaladas locuras.

Una mañana en que, como de costumbre se entretenía en la lectura de tal ó cual drama más ó menos notable, nació en la mente de D. Cosme la pecadora idea de hacer por su parte algo á imitación de aquello que constituía su solaz: brotó en él, por decirlo así, la vena literaria, se sintió llamado por las musas, vió de par en par abiertas las doradas puertas del templo de la Fama, y allí de una vez para siempre acabó con su poco juicio.

El primer ensayo fué para él una verdadera revelación; sus versos sin poderlos comparar aun con los mejores le parecieron algo más que aceptables y es claro que con un poquito de esfuerzo y de constancia pensaba llegar á la meta, puesto que en sus primeros vuelos había hecho tamaños prodigios.

Todo apareció influido de este repentino trastorno de ideas; la rebotica se convirtió en Parnaso, los antiguos jugadores de tresillo en paciente público, el papel destinado á envolver drogas en cuartillas destinadas á contener rimas, y así desde el paciente gato hasta el despierto dependiente ó manco, todo absolutamente todo se acomodó á la nueva vida que desde entonces debían necesariamente llevar por obra y gracia de la voluntad de su dueño y señor.

No debieron, sin duda, pasar las cosas de aquí. El moderno poeta contentándose con los aplausos de sus complacientes vecinos hubiera obrado cuerdamente, pero no estaba así escrito.

Encontrando en tan modesto lugar estrecho campo para su poderosa imaginación de artista y teniendo por cierto poder conquistar un puesto honroso en la república de las letras, lo realizó todo de la



noche á la mañana y despues de un cariñoso adiós á gentes y cosas, partió para la capital vecina henchido de ilusiones y sediento de aplausos, maldiciendo una y mil veces lo tardío de su descubrimiento, circunstancia que le había hecho pasar los dos primeros tercios de su vida en cosas de tan poco cuidado, teniendo como tenía en su inteligencia tesoro tan riquísimo que explotar.

Un año de cruel lucha, de constante y penoso trabajo llevaba D. Cosme en la ciudad morisca y en este tan corto espacio de tiempo no había desengañó que no hubiera recibido, no había amargura que no hubiese gustado, ni alegre sueño que no se desvaneciera al grosero contacto de las realidades de la vida. Verdad que todo esto, no hacía más mella en su espíritu que la de ligeros y fugaces contratiempos, ya que ni le decidían á dudar de su verdadero mérito, ni á cejar un punto en su empeño de conquistar gloria y provecho en su día, desquitándose por tan graciosa manera de los malos ratos pasados; que si el genio puede ser escarnecido y manecillado, en su hora ha de ser reconocido doquiera que se halle, á despecho de la ignorancia, la indiferencia y la envidia, sus tres encarnizadas enemigas. Esto no obstante, á pesar de tan sano raciocinio, no había adelantado siquiera un paso en el espinoso sendero de la inmortalidad. Los directores de periódicos, hasta los de los más humildes y pocos leídos, seguían desechando ni más ni menos que como al principio sus trabajos; los empresarios sistemáticamente se seguían ne-



gando á admitir sus obras; los actores á representarlas; los editores á adquirirlas y en una palabra, no había ser viviente si se exceptúa á un convecino, á quien por cierto convidaba á café todas las noches, que se hubiese permitido dar favorable juicio de sus escritos, ni aun siquiera reclamado por la natural delicadeza que nos lleva á hacer las más de las veces

afirmaciones en tan poca armonía con nuestros gustos y arraigada convicción.

De él habían dicho en letras de molde que sentía no ya pujos si no verdaderos cólicos literarios. Quien se había contentado con llamarle animal á secas, quien menos compasivo había reclamado para él el grillete y la cadena, como autor de un delito de lesa literatura y con los agravantes de premeditación y ensañamiento, bien que todo se compensaba con la eximente de manifiesta imbecilidad. Pero... ¡ya estaban ellos buenos tunos! D. Cosme los conocía, sabía como en toda ocasión se habían dicho de los más grandes hombres cosas semejantes, conocía perfectamente la historia de mil autores notables á quienes primero se les calificó de necios, comprendía, en fin, que de las mordeduras de la víbora humana nadie se halla libre y por otro lado conocía como su deber era morir, si fuera preciso, antes que abandonar su honroso puesto, ya que la inspiración y el talento no son atributos propios de la persona, si no dones que Dios reparte á sus predilectos, no para que avaramente se los guarden para sí, si no muy al contrario, para que iluminen con su luz vivísima á la pobre Humanidad, enseñándole el camino del progreso, haciéndole sentir la nostalgia de una mejor vida y fortaleciéndole por otra parte para cumplir los fines de esta, que no es poco ni despreciable fruto en nuestra gran limitación. Por esto todas las obras de Regulez eran igualmente morales. En esta pintaba el amor de una señora casada, pero limpia y pura en el pensamiento y si no véase como justifica su conducta ante el airado esposo, en aquellos profundos versos que dicen:

«Yo te engañé mi bien, pero perdona,  
que en el mundo falaz todo es engaño;  
sí... ¡jea! más cual cándida paloma  
en brazos de un extraño...»

En otra, á su vez, el enamorado lo era un apuesto y comedido mancebo... pero ¿á qué analizar más? Basta con la afirmación que hago y el ejemplo que cito para justificar el recto espíritu y poder concebir, siquiera sea en pequeña parte, el mérito de nuestro gran poeta, dando así un señalado mentís á todos los que hayan podido decir algo en contrario.

Llegó á la poste un día en que algo empezó á preocupar hondamente á nuestro protagonista, algo que en nada se relacionaba con sus espirituales ensueños, y este era la carencia de recursos en que se



encontraba, preludio de la miseria en que pronto había de verse si la Providencia no daba á ello eficaz remedio. D. Cosme, como cualquier simple mortal, no se alimentaba tan solo de esperanzas; D. Cosme gastaba en papel una fortuna y D. Cosme, por último, no tenía ocupación alguna productiva, con lo que fácilmente se comprenderá que á fuerza de sustracciones, su escaso capital estaba próximo á quedar reducido á cero y que por tanto sus temores no eran vanos ó mal fundados. En efecto, no tardó mucho en faltarle aun lo más preciso y la desesperación invadió por completo su alma llevándole á acariar las más disparatadas ideas, pero... no estaba determinado que tan insigne hombre muriese de tan ruin manera y contra todo lo que se pudiera suponer llegó desde la profunda sima de la desgracia, hasta las mismas cumbres de la felicidad, por arte y poder de esa gran señora á quien los incrédulos llaman casualidad y que de tan señalada manera influye en las cosas del mundo.

El drama predilecto de Regulez *Manchas de sangre* se anunciaba para aquella noche en los car-



teles. ¿Cómo podía ser esto? Lo vamos en pocas palabras á explicar á nuestros lectores. Entre los mancoes ó dependientes que había tenido el moderno poeta en su farmacia cuando aun no se preocupaba para nada de su majestad la gloria, uno había sido un tal Jorge Pitarrá, muchacho tan despierto de inteligencia como mal avenido con su modesto empleo, cosa que un día le llevó á abandonarlo para siempre, no sin antes recoger un puñado de duros que á fuerza de privaciones el pobre D. Cosme había logrado reunir y con los que el atolondrado joven pensaba correr tras de la inconstante fortuna. Ahora bien, este mismo Pitarrá, y no otro, era hoy uno de los actores de más fuste y nombradía, verdadero príncipe de la escena á cuyas plantas esa firecilla que se llama público se arrastraba rindiéndole incondicional vasallaje. Jorge fué contratado por el empresario de uno de los teatros de Granada... y lo demás tiene ya fácil explicación. Regulez empezó por el halago, siguió por la amenaza de descubrir el consabido pecadillo, hasta que no tuvo el insigne actor más que rendirse á discreción, jurando poner *Manchas de sangre* en los carteles aunque allí acabara de una vez para siempre su tan bien comenzada carrera. Ya hemos visto, como había cumplido su palabra.

La satisfacción rebosaba á D. Cosme por todos los poros de su cuerpo, la hora santa de las reivindicaciones para su genio había sonado, dentro de poco la Fama con sus cien mil trompetas pregonaría su nombre y sus detractores de ayer se verían deslumbrados, anonadados, confundidos, buscando mil maneras de ensalzarle hoy, que tales cosas pasan comunmente en la vida. Por otra parte, el maravilloso éxito de su drama era indiscutible, allí había tesis, caracteres magistralmente trazados, escenas de verdadera tensión trágica, pensamientos profundos y todo envuelto en un ropaje de suprema elegancia, todo realizado por la brillantez y corrección de la forma. Dudar de que aquello se aplaudiría, era dudar de que tuvieran cerebro dos mil y pico de espectadores y esto en verdad que fuera desconfiar con exceso ó al menos así lo pensaba y tenía por cierto nuestro hombre.

Llegó por fin la noche de aquel memorable día; Regulez allá en su pobre vivienda contaba febrilmente los segundos que le faltaban para hacerse aplaudir; en su cabeza chocaban mundos de contrarias ideas, halagadoras unas, tristes y deplorables otras, pero todas batallando por imponerse, por reinar en su pensamiento, amoldar á ella su espíritu y todas martirizándole á la vez en aquella cruel lucha en quien no se sabía quien vencía ni quien fuera el vencido, si la conciencia del propio mérito ó el recuerdo de tantos y tantos desengaños pasados. Porque D. Cosme, á pesar de todo, en aquellos momen-



tos sentía un profundo temor, temor nacido de una duda que nunca hasta entonces había experimentado... ¡Oh, si llevaran razón sus detractores! Si la obra fuese silbada, él que había atropellado por todo, él que todo lo había dejado y despreciado por correr tras el halagador fantasma de la gloria, si viera esta desvanecerse, si la fortuna se negaba por última vez á sonreírle y moría para siempre aquella fe que le alentaba á luchar, que le había sostenido en los días más difíciles y le había acompañado en sus sufrimientos y le había consolado en sus amarguras... entonces ¿qué podía quedarle? ¿qué camino seguir? ¿dónde encontrar la paz que reclamaba su espíritu, donde hallar consuelo á tantas y tantas desventuras?

De tal manera discurría nuestro pobre dramaturgo y en tal situación se encontraba su espíritu.

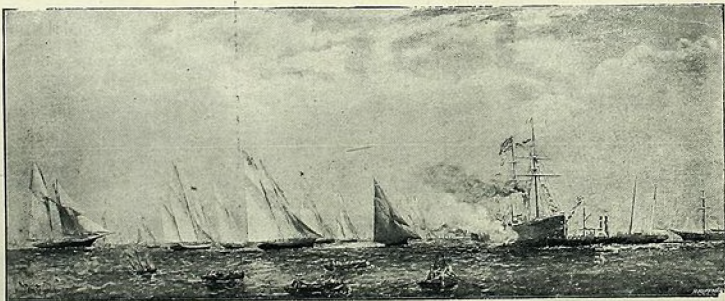
La hora de la representación había llegado. Una fuerza irresistible, avasalladora le detenía, le impedía decidirse á marchar donde quizá debía obtener el premio de todos sus afanes; un deseo también poderoso le arrastraba, y en esta lucha, entre el natural temor y la impaciencia al fin hubo de vencer esta y D. Cosme se dirigió con paso resuelto al teatro, desechando en aquel crítico instante todas sus dudas y sus vacilaciones todas.

Regulez penetró en el elegante coliseo, y al efectuarlo el ruido de los aplausos hirió su oído y trastornó su cerebro. El primer acto de la obra había concluido y el público entusiasmado, electrizado, delirante, daba ruidosas muestras de aprobación y obligaba por quinta ó sexta vez á levantar el telón y á presentarse los actores para aclamarles nuevamente. Regulez no dudó; atropellándolo todo, sin cuidarse para nada de las personas que á su paso se oponían, corrió al escenario llegando aun á tiempo de que el telón no había caído entonces se precipitó en la escena y afianzando la mano de la primera actriz al mismo tiempo que la de Pitarra, avanzó triunfalmente hacia las baterías. Pero ¡oh, cosa inconcebible! Pitarra pugnaba por desasirse de tan honrosos lazos, la dama por su parte se resistía á avanzar y el público sorprendido primero pero irritado después, se deshacía en silbidos, risas y protestas.

El telón cayó al fin, un delegado de la autoridad se presentó en el escenario y el aborreo D. Cosme sin pensar siquiera en protestar ni resistirse, sorprendido como estaba por tan disparatado suceso, iba á ser conducido á la prevención y así de seguro hubiera sucedido si Jorge no creyéndose en el deber de deshacer tamaña enredo, no hubiese explicado como lo hizo perfectamente todo lo ocurrido. «No se trata,—dijo,—de un loco ni de un alborotador. Se había anunciado el drama de este caballero en los carteles, y por motivos particulares se ha suspendido el estreno, dándose previo aviso al público. Ahora bien, el Sr. Regulez ignora esto y creyendo que era su drama el que tanto se aplaudía se presentó en escena y... lo demás, todos lo hemos visto.» «Entonces,—se atrevió á articular Regulez ¿el drama no es *Manchas de sangre*?—No señor,—contestó el actor,—es *La vida es sueño*. Perdóne usted D. Cosme, pero lo prefiero todo, todo hasta la cárcel y la deshonra á poner en escena su obra... Después de todo yo solo le ofrecí ponerla en los carteles y eso ya ve usted que lo he cumplido.

No quiso el sin ventura oír más; lanzó á Pitarra una mirada de soberano desprecio y abandonó el teatro, desesperado, vacilante, pensando hasta en la terrible idea del suicidio como fin adecuado á tantas desventuras. Pero no te alarmes lector, ni cometió tal locura ni aun siquiera sirvió de escarmiento lo pasado; firme en su idea siguió y seguirá, si aun vive, buscando un empresario ó un actor complaciente que estrene sus obras, que tanta es la necesidad y soberbia de los hijos de los hombres.

R. MORALES PAREJA



REGATAS DE YATES, acuarela de Brerly



## CELOS

A la encantadora señorita Isolina Escamilla

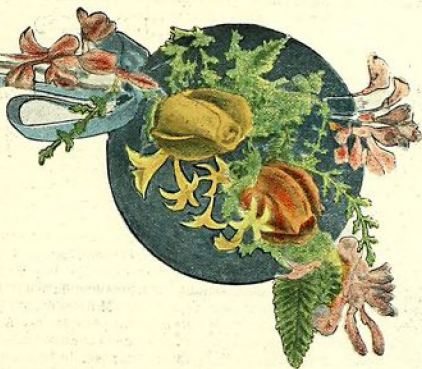
¡Como te envidio almohada  
si en indolente pereza  
reclina en ti la cabeza  
mi hermosa niña adorada!  
¡Si en dulce abandono deja  
que te acaricien aquellos  
negros, sedosos cabellos  
de su abundosa madeja!

¡Ay, almohada! Yo quisiera  
colocarme en tu lugar  
cuando te va á consultar  
aquella niña hechicera.

Cuando en su afán juvenil  
amorosa te regala  
con el aliento que exhala  
su garganta de marfil.

¡Ay, almohada! Yo no vivo  
deseoso de saber  
á quien ama la mujer  
que en su amor me hizo cautivo.

Yo quisiera convencirme  
si mienten sus juramentos:  
cuales son los pensamientos  
que ella halaga cuando duerme.



Quién es el feliz mortal  
cuyo nombre ella pronuncia,  
y si acepta ó si renuncia  
mi cariño sin igual...

Pero... no. Ya me parece  
que no te debo envidiar;  
porque es mejor el dudar  
que el saber que me aborrece.

Grande es almohada, mi daño;  
pero aun mayor puede hacer  
de la adorosa mujer  
un funesto desengaño.

Quiero aguantar el embate  
con que la duda me azota;  
que aun es menor la derrota  
si fué rehuido el combate.

Y sufrir día tras día,  
mientras dure este pesar,  
sin que llegue á importunar  
á la virgen dueña mía.

Y que su lágrima pura  
jamás asome á sus ojos;  
ni turbe con mis enojos  
sus ensueños de ventura.

Que aunque te envidio almohada,  
si en indolente pereza  
reclina en ti la cabeza  
mi hermosa niña adorada,  
puede faltarme valor  
para saber si me engaña,  
no para sufrir la saña  
con que me hiere el dolor.

Y acaso logre ocultar  
mis sollozos y mis penas,  
¡que son más que las arenas  
que constante besa el mar!

VICTORIO DE ANASAGASTI



## SIN NOVEDAD

Las revueltas de la capital precisaron la reconcentración de la benemérita y allí fué el pobre guardia, triste, muy triste, dejando en el pueblo á su mujer enferma, sin más cuidado que el de sus hijos, ni más amparo que el que quisieran prestarla los vecinos.

El cumplimiento del deber obligó al guardia á abandonarlo todo, con la desesperación en el alma y con el corazón oprimido, pensando solo en volver cuanto antes junto al lecho de la afligida esposa y junto á sus hijos cuyo recuerdo no se borraba de su mente.

Y llegó á la ciudad, y allí sufrió con paciencia, con resignación heroica, las molestias del servicio no interrumpido, las penalidades de la guardia permanente, los sinsabores de la agitación continua, los insultos de la turba amotinada contra la que tuvo, al fin, que cargar con miedo en el corazón y con tristeza en el alma, temeroso de que la bala de su fusil pudiera dejar á un hijo sin padre ó arrebatara á una madre el hijo de sus entrañas.

Mientras tanto pasaba el tiempo; y á las molestias, á las penalidades, á los sinsabores, uníase la tristeza y la desesperación causadas por las noticias de la salud de su esposa, de la tierna compañera de su vida, cuya enfermedad se agravaba de día en día, haciendo temer funesto desenlace.

¡Horrible situación, la de aquel desdichado!

¡Ayer tranquilo, sosegado, feliz casi, allí en el pueblo, en compañía de la mujer cariñosa y dulce, al lado del hijo medio mozo y de la hija tierna, seres queridos que eran su alegría, su esperanza, su orgullo, y hoy desazonado, perdida la calma, presa de mortal angustia, lejos de su hogar, en medio de aquella ciudad, velando siempre con el arma al brazo!

Y pasaba el tiempo; y llegó un día y luego otro en que el desventurado guardia esperó inútilmente noticias de su esposa, de sus hijos, de su casa en fin, y la más horrible desesperación se apoderó de su espíritu, invadió su pecho, atormentó su alma y laceró su corazón amante.

Tan largo silencio despertó en aquel cerebro mil encontrados pensamientos de esperanza y de pena, de alegría y de tristeza, de vida y de muerte y la duda acabó por apoderarse, desesperante y horrible, de aquel espíritu. El atribulado esposo pensó correr junto á los seres queridos, volar á su lado en alas del deseo; pero ¡ay! la idea del deber atajó al pensamiento, se sobrepuso al deseo y acabó por levantarse vigorosa y triunfante.

Y allí, en el improvisado retén, caído el cuerpo sobre la silla, con el fusil entre los brazos, inclinada al suelo la

abatida frente, quedó el pobre hombre, triste y solo, pensando en su esposa y en sus hijos, pero pensando también en que el deber era antes que todo...

Cuando alzó la frente, brillaron sus ojos, irguióse el cuerpo, abriéronse sus brazos, y en ellos recibió, mudo y silencioso al hijo amado, á aquel ser entrañable cuyo amargo lloro venía á anunciarle el triste fin de la infortunada esposa.

Casi al mismo tiempo oyóse en la calle galopar de caballos y el pobre guardia, rápido como el pensamiento, se desprendió de los brazos de su hijo, requirió el arma y corrió á la puerta junto á la cual quedó mudo é inmóvil.

Llegó el jefe, refrenó el caballo y el guardia, haciendo un supremo esfuerzo, murmuró con voz triste y reposada:

— ¡Sin novedad!

Y cuando el jefe y su escolta se alejaban, de los ojos de aquel desdichado desprendíanse dos lágrimas abrasadoras, mientras su espíritu volaba junto á la amante esposa para darle el último beso.

PEDRO BONET ALCANTARILLA.



Con e  
los señ  
res el c  
album

Esta  
tomas e  
páginas  
mo, y c  
insignes  
dernos,  
la últim  
y la ec  
traducio  
y pulcri  
el origin  
Hasta  
siguient

El ase  
Carlos B  
Magd  
L. Jaco  
El tes  
venson.

El cr  
por L. J  
Orso,  
El Hijo

Para p  
nstricci  
za de Te

La  
dejar  
de cr  
del d



RESERV



# PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 23.º de regalo del album JOYAS DEL ARTE.

## BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromo, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora han publicados los siguientes tomos:

*El asesinato del Puente Rojo*, por Carlos Barbará.

*Magdalena la Mendiga*, por L. Jacolliot.

*El tesoro del pirata*, por L. Stevenson.

*El crimen del molino de Usor*, por L. Jacolliot.

*Orso*, por Enrique Syenkewicz.

*El Hijo Maldito*, por H. de Balzac.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

••

La humanidad algún día dejará ya de sufrir de callos, con el remedio del doctor LADIVONSIM.

## HUMORADAS

Procura no negarme lo que te pido, sino quíerles que dude de tu cariño.

Como lo bueno dura tan poco tiempo con que seas tan buena no estoy contento.

En materia de amores está probado

que se quiere en presente como en pasado.

RAFAEL FERNÁNDEZ

••

Despierta hermosa, despierta, sal al instante al balcón que la noche está muy negra y queremos ver el sol.

Si yo fuese pajarito iría mi dulce amor á cantar por las mañanas debajo de tu balcón.

R. HONEDAS MUNDO

## SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Bouquet logogrifo florido.—

**VIOLETA**

1 2 3 4 5 6 7

**V I O L A**

**I V A**

**L O T O**

**L I L A**

**A L E L I**

**T I L A**

**L E L I A**

Novejarque

Fuga de consonantes.—

**C A S A M A T A**

**A C A N A C A**

**S A B A N A**

**A N A N A**

**M A N A**

**A C A**

**T A**

**A**

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

P. S. M. y E. G. S.—Madrid.—Todo se andará, amigos míos; hay mucho original y las páginas son contadas.

M. M. Q.—Madrid.—Bueno soneto. Irá.

F. C.—Madrid.—Efectivamente hay pendientes de publicación algunos trabajos de usted. Procuraré que no se retrase mucho su inserción. El artículo tendría que salir dentro de dos ó tres meses, y no sería ya oportuno.

A. B. R.—Córdoba.—*Ut supra*.

B. S. A.—Madrid.—Muy bien, muy intencionado, y por lo mismo impubescible, en el presente momento histórico y topográfico.

C. H. V.—Albacete.—La poesía es lúcidísima, y la publicará con el mayor gusto.

Cuacacruadas.—Madrid.—Conque... conque... ¡Pues en seguida voy yo á hacerme cómplice de sus lucubraciones! ¡No está la Magdalena para tafetanes, apreciable joven.

**3**

ACROSTICO

**N**

PICTORICO

LA TIERRA

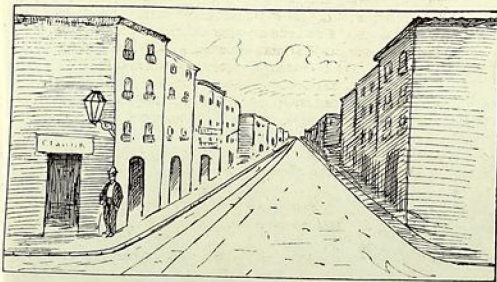
Descifrar estos seis significados y con la letra inicial de cada uno de ellos se podrá leer verticalmente formando acróstico el apellido de un célebre pintor francés.

VERANO

**+**

Las soluciones en el próximo número

FRASE GRÁFICA, por Novejarque



RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA \* INSÉRTESE O NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL «LA IBERICA», PLAZA DE TETUAN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



EJÉRCITO BRITÁNICO INSULAR



CABALLERÍA: SOLDADO DEL 11.º DE HÚSARES